

Manuel Moreno Alonso. *El Mundo de un Historiador*. Antonio Domínguez Ortiz. Obra galardonada con el Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2009. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2009. *

Rodríguez Lorenzo, Miguel Angel.**

En la historiografía española siempre hay aspectos que despiertan la atención, tanto en los que la leen por *obligación* profesional, como para los que —distraídamente— lo hacen sin tenerla y pertenezcan, tales rasgos, a su tradición o a los tiempos que corren. El que ahora queremos destacar lo hace evidente la obra que pretendemos reseñar, en las líneas que siguen. Se trata de la admirable capacidad de los historiadores españoles para reconocer que en ella hay maestros y, mejor aún, de no olvidarlos.

Y es admirable y sorprendente para nosotros porque, en Venezuela en particular y en América Latina en general, el reconocimiento, la memoria y, aún peor, la aceptación de que algún historiador pueda ser tenido como tal, son prácticas que sólo destacan por lo inusual. La responsabilidad es compartida entre maestros que no identifican discípulos y éstos, que no aceptan maestros. En el ambiente socio-profesional historiográfico venezolano, por ejemplo, en su capital, sede de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela y de la Academia Nacional de la Historia, desde antes de fallecer se le llamó maestro a Eduardo Arcila Farías; sin que su obra ni líneas de investigación hayan encontrado proseguidores. A Federico Brito Figueroa lo empezaron a llamar así también algunos de los alumnos de postgrado que optaron por él como Director de sus Tesis; sin que en éstas sea perceptible nítidamente su impronta. A Germán Carrera Damas también se le suele dar el rango; sin que él haya reconocido continuadores de su obra. A Manuel Caballero y Elías Pino Iturrieta, posiblemente por su regular exposición mediática como *opinadores políticos*, se ha oído que se les denomine también como maestros; pero más en los ambientes de la prensa que en los del quehacer historiográfico nacional, pues si en éste pueden encontrarse quienes los reconocen por haberlos escuchado y leído o tenido como miembros de los jurados que han evaluado sus tesis; no pasan éstos a tenerse por discípulos suyos. En el caso del Zulia, Rutilio Ortega, Angel Lombardi y Germán Cardozo Galué del Departamento de Historia y el Centro de Estudios Históricos (creado en 1979) de la Universidad del Zulia; no alcanzaron ese calificativo por lo inconcluso que parece haber sido el *movimiento* de los estudios sobre historia regional. En el caso de Mérida, con una Escuela de Historia en su Universidad de Los Andes, de cincuenta y cinco años de existencia y en la cual biológicamente se han sucedido tres generaciones de docentes-investigadores; sin embargo, es difícil señalar un perfil investigador que parezca haberse consolidado o tenido continuidad en el tiempo; ni tampoco dar el nombre de un historiador

* Reseña terminada de elaborar el: 19-07-2010, enviada a **Procesos Históricos. Revista de Historia, Arte y Ciencias Sociales** el: 21-07-2010 y aprobada para su publicación en el n° 19 de la Revista.

** Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983), Magíster Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1996) y doctorando en Historia (Sevilla-España, Universidad de Sevilla: desde 2002). Miembro del GRUPO DE INVESTIGACIÓN SOBRE HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA LATINA. Profesor Asociado adscrito al Departamento de Historia Universal (Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación) de la Universidad de Los Andes. Coordinador de *Anuario GRHIAL. Historia de la Cultura, las Ideas y las Mentalidades Colectivas. Revista Electrónica*. Autor de *La Mudanza del Tiempo a la Palabra* (1996) y *Venezuela en Múltiples Miradas* (en prensa). Coautor de *Primeros Encuentros en la Serranía de Trujillo* (1992), *José Leonardo Chirino y la Insurrección de la Serranía de Coro de 1795* (1996) y *Los Escondrijos del Ser Latinoamericano* (1999) E-mail: marl@ula.ve.

o referir el título de una obra que puedan establecerse, con consenso profesional, como referencias de una trayectoria institucional de maestros y discípulos.

Según se desprende, a nuestro juicio, del caso particular español, al cual volvemos después del desvío del párrafo anterior por los rincones del oficio en los patios de Venezuela y las regiones zuliana y merideña, el alcance del reconocimiento de un historiador como maestro requiere de magisterio en las aulas universitarias, desarrollo de líneas de investigación definidas y obra difundida. El primero proveería discípulos y colegas, la segunda solidez profesional y la tercera aceptación y consenso.

Recientemente, por ejemplo, mediante libros, discípulos y colegas del oficio le han rendido, homenaje como profesores, investigadores y autores de obras reconocidas, a historiadores como Juan José Carreras Ares (1928-2007) y Antonio García-Baquero González (1944-2007).

En relación con Antonio Domínguez Ortiz (1909-2002), su caso es muy singular. En primera instancia porque, contra las premisas fijadas en el párrafo precedente; no tuvo magisterio universitario, sus alumnos y colegas lo fueron de institutos de educación secundaria y careció de discípulos directos en el campo de la historia con los que formar *escuela*. Como investigador; sin negar *influencias*, fue absolutamente independiente de escuelas, tendencias y corrientes, se formó a sí mismo y buena parte de sus trabajos fueron pequeñas monografías y textos de divulgación y síntesis, alcanzando algunos de éstos el rango de "...*best-sellers* educativos..." (pág. 292). Pese a ello, en 2003 fue destinatario de un homenaje como historiador en una obra que reunió ciento treinta y ocho trabajos distribuidos en tres tomos, editados por la Universidad de Granada y la Junta de Andalucía. Adicionalmente, como apunta el autor del libro que se reseña aquí, "...probablemente, ningún historiador español ocupó las páginas de los periódicos con tanta frecuencia..." (pág. 19), "muchas Universidades españolas lo hicieron Doctor 'Honoris Causa'..." (pág. 21), en 1973 fue elegido como miembro de la Real Academia de la Historia, en 1982 obtuvo el Premio Príncipe de Asturias y, entre otros muchos reconocimientos, mereció también la venezolana Orden Andrés Bello, que recibió en persona, en Caracas.

Personalmente supimos de él, en su Sevilla natal, cuando ya había fallecido y, más que por sus obras o trayectoria, por el hecho de que "...la Universidad española nunca le admitió como Profesor Numerario. Varias veces se presentó a la cátedra, en la que fue siempre rechazado..." (pág. 30), en dos ocasiones en la propia Universidad de Sevilla, en la que hicimos un curso (2002-2003) con quien, en la segunda oportunidad, resultó ganador de las oposiciones (pág. 210) y de la que Domínguez Ortiz, en 1932, había egresado como Licenciado en Filosofía y Letras (Sección de Historia). Sin embargo, recientemente, luego de revisar algunos de los programas de la cátedra de Historia de España de la Universidad de Los Andes, encontramos que en el que el Profesor Jorge Paredes organizó, en las últimas décadas del siglo pasado, figuraba tanto uno de sus textos clásicos sobre la historia moderna de España: *Política y Hacienda de Felipe IV* (publicado originalmente en 1960) como también, por supuesto, la *Historia Social y Económica de España y América*, dirigida por Jaume Vincens Vives y de la que fue co-autor.

De todas maneras, la forma inusual, la de su obra historiográfica, mediante la que Antonio Domínguez Ortiz se hizo pionero en los estudios de *Historia Social* y maestro de historiadores en España, es mostrada con rigurosidad, meticulosidad, objetividad y sistematicidad por Manuel Moreno Alonso a través de la obra, con cuyos datos editoriales

se encabezan estas anotaciones. Al respecto este autor inserta una cita en la que, en el prólogo que escribió Carmelo Viñas para el tomo inicial de *Estudios de Historia Social de España*, colección que, de 1949 a 1969, contribuyó a preparar Domínguez y que El Consejo Superior de Investigaciones Científicas editó en 4 tomos de 5 volúmenes, se sintetiza, en buena medida cómo alcanzó éste a ser un investigador reconocido, un historiador con trayectoria y “...tenido como maestro...” de discípulos indirectos, “...a través de su extraordinaria obra historiográfica” (pág. 30). Refiere, entonces, al respecto, su biógrafo, las palabras escritas por Viñas: “...sobresalen su vocación investigadora, la objetividad, la capacidad de organización y elaboración del material histórico, y un estilo fluido y fácil, es decir, las condiciones que acreditan al auténtico historiador” (pág. 241).

Si ya de por sí al estar dedicado al historiador el libro posee méritos suficientes de contenido, Moreno Alonso logra elevarlos al hacer de Domínguez Ortiz el *hilo conductor* de un estudio plural: la historia de la historiografía española, la historia de Sevilla, la historia de España y la historia del presente. En efecto: el análisis de su trayectoria profesional es hecho en el contexto del oficio de los historiadores españoles y las continuidades y discontinuidades que lo caracterizan desde finales del siglo XIX, toda la centuria del Novecientos y los primeros años de este milenio apenas comenzado. Asimismo su prolongada existencia es aprovechada por el autor; no sólo para revisar algunos de los momentos paradigmáticos del devenir histórico andaluz y español; sino también para hacerlo más desde la perspectiva del historiador que la del testigo que fue.

Y esto no podía conducir sino al sometimiento del presente al juicio que, en la perspectiva de un especialista en la historia social española de los siglos modernos, podía hacer legítimamente Domínguez Ortiz. Ello logra hacerse a través de la inserción, al final del texto (págs. 350-388), de la transcripción de una conversación de todo un día entre el biografiado y su biógrafo, historiador también. Pero ese *presente* no es apenas el de los procesos políticos, económicos, sociales y culturales; sino también el de las actividades en las que se desempeñó el primero.

A continuación tres muestras del *juicio* del historiador sobre los tiempos que corrían en el segundo mes de 2002, con la mirada del que ha conocido y estudiado su gestación temporal.

La primera es, en términos de Moreno Alonso, sobre un *problema histórico* que es considerado por Domínguez Ortiz como el neurálgico de la historia social española y andaluza:

“Un problema muy grave que se resuelve por sí solo es el problema agrario. El problema agrario tan grave en España, sobre todo en Andalucía, fue el eje —como nación agrícola— de la protesta, aunque alcanzara las minas y la industria. Estaba en el campo, y se ha resuelto solo por el progreso de las técnicas. Como en el campo ya no quedan jornaleros que se limitan a comer gazpacho —hay pocos, tan pocos, que hay que traerlos de fuera—, pues ya no hay que temer huelga agrícola, incendios de cosechas, atentados a los propietarios. Así que ése es un problema gravísimo que se ha resuelto sólo por el progreso de la técnica.” (pág. 366).

La segunda, luego de una pregunta acerca de los *cambios* que pudieran preverse acerca del “...futuro de la Historia, [y] de los futuros profesionales de la Historia educados ahora...”, tiene que ver con el *mundo de la enseñanza* en España, para lo cual el historiador se valió

de su experiencia propia, de la de su hija y nietas (profesoras en institutos de educación secundaria) y lo que a otros les escuchaba decir, para alcanzar la proyección temporal del juicio que emitió:

“...yo en muchas cosas hablo de oídas, de lo que me dicen. Yo tengo ahora una hija y dos nietas en instituto y las tres coinciden en esta situación, unas están mejor, otras están peor. Una que está en el instituto de Osuna dice que allí la situación es aceptable, otra que está en el instituto aquí en Granada se queja de la actitud de los alumnos. Pero hay un hecho que es indiscutible: que los profesores de universidad, todos los catedráticos de universidad quieren seguir en la docencia después de su jubilación preceptiva, y en cambio en instituto están deseando jubilarse. Eso qué quiere decir, pues que la situación en enseñanza media es mucho peor que en la universidad; que la universidad no será perfecta, pero que no es desastrosa como es la situación en los institutos...” (pág. 386).

Y la última toca lo que tiene que ver con su particular caso como docente de educación media e investigador, a la luz de las disponibilidades de tiempo y recursos que tuvo y las posibilidades con las que contarían los historiadores actualmente:

“...me gustaba la enseñanza y me gustaba la investigación porque no son cosas incompatibles. También entonces tenía tiempo. Hoy por lo que me dicen mis nietas pierden mucho tiempo con tareas administrativas, reuniones, claustros. En cambio, yo daba mis clases y después hasta el día siguiente. Hacía algún ejercicio escrito de tarde en tarde, prefería hacer preguntas orales, de manera que tenía tiempo. Y las vacaciones de verano eran largas ... tres meses de vacaciones para ir a Simancas o al Archivo Histórico Nacional. Si no hubiera sido por eso, no hubiera yo podido escribir de una forma prolija, porque mis primeras obras están basadas en una documentación de archivo que entonces no tenía las facilidades de hoy. El trabajo que hoy se hace en un día entonces requería una semana: había que copiar o tratar los documentos a mano, no había otro sistema (ni fotocopias).” (pág. 387).